



**VIVIR Y AYUDAR A VIVIR EN OBSEQUIO DE JESUCRISTO, CON RESPETO A
LAS ENSEÑANZAS Y REGLAS.**

Conferencia para seglares y religiosos.

Septiembre de 2018

Autor: Pedro Sergio A. Donoso Brant

1. INTRODUCCIÓN

“Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él.” (Jn 14,23)

Hay muchas personas, seglares y religiosas, que parecen incomodarse de las reglas que se deben cumplir para un recto camino de vida en los hombres de fe, en el estado religioso que Dios le ha obsequiado, por eso, esta reflexión es para todos nosotros, seglares y religiosos comprometidos. Sin embargo, entre los muchos obsequios que nos ha hecho el Señor, fue establecernos normas, reglas, pautas y muchos buenos consejos, como los hay en los libros sapienciales, tales como los Salmos, Eclesiastés, Eclesiástico y Proverbios, así como también en los Evangelios, Epístolas de San Pablo y Cartas Católicas. También se han sumado muchas sentencias, avisos y cautelas de los santos: “El alma que otra cosa no pretendiere que guardar perfectamente la ley del Señor y llevar la cruz de Cristo, será arca verdadera, que tendrá en sí el verdadero maná, que es Dios, cuando venga a tener en sí

esta ley y esta vara perfectamente, sin otra cosa alguna” (San Juan de la Cruz, 1Subida, 5,8)
Con todo lo que se pueda opinar, creo que es para nuestro bien vivir conforme a ellas.

2. NUESTRAS REGLAS DE VIDA CRISTIANA, NO SOLO NO NOS CARGAN NI EMBARAZAN, ANTES NOS SIRVEN

Dice el Profeta Isaías: “Ciudad fuerte tenemos; para protección se le han puesto murallas y antemuro. Abrid las puertas, y entrará una gente justa que guarda fidelidad” (Is 26, 1-2) Es decir, así como como la ciudad está mejor guardada cuando tiene no solo un muro, sino otro antemuro, el cual si rompieren y derribaren los enemigos, les queda el muro con que están defendidos y guardados; así Dios ha hecho este obsequio a los hombres de fe en lo espiritual. Esto es a cercado y guardado primeramente con el muro fortísimo de su ley y mandamientos santos, y también con otro antemuro, que es con las reglas, constituciones, normas, pautas, para que cuando nuestros enemigos nos acometieren, que siempre nos ataca con una guerra continua con nosotros, cuando mucho, rompan y derriben algo de ese antemuro; pero el muro principal de la ley y mandamientos de Dios quede siempre entero, y nosotros a salvo.

Es así, como este obsequio que nos ha dado Dios, para combatir las tentaciones, hay que saber aprovecharlo, y así, para los más fundados como cualquier hijo de Dios, al menos saber que cosa no se debe faltar para pecar venialmente y para muchos, saber que cosa no se deben quebrantar para pecar gravemente. De este modo, que todos sepan, donde hacen tanto daño los que son más flacos en la fe, que cuando faltan a estas reglas y normas de vida según los evangelios, cartas de los apóstoles y seguidores de Cristo, entiendan bien si caen en imperfecciones; puedan autocorregirse. Ahora, sabiendo esto, si prefieren caminar de manera de desaprovechados y desasosegado, es mejor estar fuera de la dirección, y acompañamiento espiritual y así no hacer daños a quienes confían en ellos.

En efecto, una gran tentación de caer en el mal y en brazos del maligno, es dejarse tocar en lo principal de la vocación, es como si el maligno los acorralara en un descampado sin protección ninguna, esto es sin la protección del muro o el antemuro, en otras palabras, sin las normas, reglas, pautas y muchos buenos consejos que fueron dados por el mismo Señor Jesucristo a sus íntimos amigos y que tan bien aprendieron tanto hombres y mujeres que son dignos de ser llamados nuestros santos.

Habiendo entonces entendido que la constituciones, reglas y normas son necesarias para defendernos de los ataques del mal, como del mismo modo que los muros y antemuros fueron los que frenaron los ataques, donde se quebraron flechas y lanzas, vamos ahora reflexionar sobre qué tan fuerte deben ser nuestras defensas para tanto ataque de artillería que nos envía el mal, que desea apartarnos de cualquier manera del mensaje y las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo.

Podemos entonces considerarnos dichosos porque tenemos para protegernos este muro y antemuro, que es para guardarnos de caer en falta. En efecto, cierto es si cumplimos cuantos nos piden nuestras normas de comportamiento ético y moral va a ser más difícil

de caer en faltas y pecados. Ahora si las burlamos a sabiendas, mal hacemos y muchos disgustos nos va a traer esta burla, pero si caemos en falta consciente de que desconocíamos o habíamos olvidado cierta regla o forma de proceder, confiamos en la misericordia de Dios para que seamos perdonados por El y por los hermanos, amigos, o superiores a quienes hayamos decepcionados, que han sido testigos de nuestra falta y que tengan autoridad para emitir un juicio sobre lo que hemos hecho. Con todo, demos siempre gracias a Dios, por el obsequio de darnos leyes que están hechas para nuestro beneficio en este difícil camino a la santidad.

3. “SI TU HERMANO LLEGA A PECAR, VETE Y REPRÉNDELE, A SOLAS TÚ CON ÉL. SI TE ESCUCHA, HABRÁS GANADO A TU HERMANO.” (Mt 18, 15)

También es de nuestra competencia, ayudar a otros que están en conflictos o en problemas, es un acto de caridad muy querido por el Señor, que nos han enseñado que: “Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano.” (Mt 18, 15) Claro, que el Señor nos pide hacer esto en privado, a solas con él, porque ante todo, por respeto al buen nombre, a la dignidad del hermano. No me parece que no sería bueno corregir a un esposo en presencia de la esposa, o a una mujer en presencia de su marido, o a un padre delante de sus hijos, o a un superior delante de sus subordinados. También, hay que dar al hermano la posibilidad de defenderse y explicar con toda libertad su acción. Todo esto, porque el testigo externo de una falta, algo que parece culpa, podría no serlo en la intención del que la ha cometido.

Recuerdo que cuando fui estudiante en los años 70 en Pamplona, me parecía muy divertido ver desde un lugar seguro como muchos jóvenes corrían en medio de toros muy bravos, claro, yo estaba a salvo, pero ellos, en cualquier descuido podían caer bajo las patas de las bestias. Pongo este ejemplo, porque muchas veces somos espectadores de estos peligros, y los miramos desde lejos sin importarnos mucho lo que le sucede al que está en medio de los problemas y sentimos que nada podemos hacer por los que están en riesgo y no hacemos mucho para que no caigan en las patas de las bestias, o del maligno. Pero, creo que siempre, es posible de hacer ver los riesgos en la cual pueden caer cualquier hermano que se mete entre bestias, en especial aquellos que no tiene ninguna regla de vida. ¿Entonces porque no advertir a nuestros hermanos de los peligros en los cuales pueden caer?

Ciertamente, aquel que tiene reglas y sigue los consejos evangélicos siempre sentirá que tiene una obligación de cumplirlos, esto ayuda mucho, porque el que profesa guardar la perfección de las enseñanzas del maestro Jesús, procura vivir en estas enseñanzas, pero el que no quiere guardar los consejos, ni tratar de perfección, con mucha dificultad guardará los mandamientos de Dios y con más dificultad si esto consejos viene de hombres. Pero no hay que desfallecer en la ayuda que podemos dar. Hay que hacer ver que las reglas y normas de vida no son carga, sino son ayuda y alivio para llevar la obligación de los mandamientos de Dios, que a veces parecen muy pesados.

En la vida estamos llamados a seguir los consejos evangélicos, algo lo que no quiso hacer ese joven que fue mirado con amor por Jesús y que le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme. Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos. Al oír esto, los discípulos, llenos de asombro, decían: Entonces, ¿quién se podrá salvar? Jesús, mirándolos fijamente, dijo: Para los hombres eso es imposible, más para Dios todo es posible.” (Mt 19, 22-25)

Declara esto muy bien san Agustín, con dos comparaciones: “tratando de la suavidad de la ley de gracia, compara su peso al peso de las alas del ave: las alas no cargan ni embarazan al ave, antes esas son las que la hacen ligera y que pueda volar; y las ruedas del carro algo pesan, sin embargo ese peso no solo no carga, antes ayuda a los bueyes, y les alivia tanto la carga, que si no fuese por ellas, no podrían llevar la mitad de lo que llevan. Pues de esa manera son los consejos del Evangelio que tenemos en nuestras reglas, que no solo no nos cargan ni embarazan, antes nos sirven de ruedas con que llevamos el peso y yugo de la ley de Dios con grande facilidad y suavidad, el cual llevan los del mundo gimiendo y reventando con la carga, y dando mil caídas, porque no tienen esas ruedas ni esas alas: por lo cual debemos ser muy agradecidos al Señor, y estimar en mucho las reglas, y aficionarnos de corazón a la observancia de ellas.” (Sermón 22, de verbis, epist. 311)

Dice el sabio: “Atiende, hijo mío, a mis palabras, inclina tu oído a mis razones. No las apartes de tus ojos, guárdalas dentro de tu corazón.” (Prov. 3, 21-22) y canta el salmista: “De tus juicios no me aparto, porque me instruyes tú. ¡Cuán dulce al paladar me es tu promesa, más que miel a mi boca!” (Salmo 118, 102-103)

4. TODOS LOS CONSEJOS QUE NOS HA DADO EL SEÑOR, SON PARA NUESTRO APROVECHAMIENTO

En respuesta a una pregunta: “uno corrió a su encuentro y arrodillándose ante él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falso testimonio, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre. El, entonces, le dijo: Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud. Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme. Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes” (Mc 10. 17-22)

Observemos un detalle, “fijando en él su mirada, le amó”, es decir, en el modo como el Señor le miró, le enseñó exteriormente el amor. Amable virtud y bondad que el Señor tiene tras sus ojos, su mirada, esto es el corazón de Dios. Pero observemos otro detalle: “Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el

cielo; luego, ven y sígueme.” Eso es seguir los consejos evangélicos, eso es vivir en obsequio de Jesucristo. Así como también lo dice San Beda, que a esos que no solo se contentan y conforman con los mandamientos, sino que además siguen los consejos del Señor, a esos les corresponde una segunda corona, que manda Dios a poner sobre la primera: “Harás también en torno de ella un reborde de una palma de ancho, con una moldura de oro alrededor del mismo.” (Ex 25,25) dando a entender con esto, la ventaja del premio de los aventajan sobre otros, no guardando solo los mandamientos de Dios, sino que además los consejos evangélicos del Señor.

Todos los consejos que nos ha dado el Señor son para nuestro aprovechamiento. No solo para alcanzar la vida eterna, sino que además como nos ha prometido él, si los seguimos, tendremos un tesoro en los cielos. (Mt 19,21) Todo esto es parte del gran obsequio que nos ha regalado Nuestro Señor Jesucristo; “vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz” (1Pe 2,9). Y todos nosotros sacerdotes por el bautismo, estamos llamado a sentirnos los elegidos y por tanto obligados a guardar las reglas y consejos del Evangelio, que es el camino de perfección que profesamos y buscamos como hijos de Dios.

5. “SI ME AMÁIS, GUARDARÉIS MIS MANDAMIENTOS” (Jn 14,15).

Los consejos evangélicos de Nuestro Señor Jesucristo, así como todas nuestras reglas y constituciones y pautas de vida, no mandan a pecado alguno, ni mortal, ni venial, y lo mismo es de las demás peticiones de cumplir todo cuanto el Señor nos pide, como cuando habiendo aprendido del ejemplo del samaritano nos dice: “Vete y haz tú lo mismo.” (Lc 10,37)

En el fondo, al aceptar ese gran obsequio que nos ha regalado el Señor, es vivir sin ningún temor alguno a hacer una vida de amor con gran deseo de toda perfección, y de hacer lo que fuere para mayor gloria y honra de Cristo nuestro Señor.

Dice el Señor: “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos” (Jn 14,15). Esto es, el que ama, solo le basta conocer cuál es la voluntad del amado, como al buen hijo, solo le basta conocer la voluntad de su padre, sin otros miedos y temores; y el que no se siente obligado a seguir los consejos evangélicos de Señor, desde donde se inspiran nuestras reglas de vida, y cae en falta o quebranta las pautas y normas del buen cristiano, no solo no es buen hijo de Dios y por tanto, tampoco será buen servidor de él. Claro, porque si un trabajador de la viña, no hace lo que el viñatero manda o una esposa le dice al marido, yo no me siento obligada a seguir las reglas de la casa y hago todo cuanto se me antoja, o el esposo dice yo tampoco me siento obligado a llegar a casa cada día si me place estar más con mis amigos, quiere decir que no hay en ellos interés por convivir bajo las enseñanzas del Señor y en armonía en lo que le está puesto como regla de vida.

Pero todo lo que hagamos, no sea por temor, como aquellos esclavos en tiempos antiguos, que cumplían solo por el temor al castigo, y los que quieren ser bueno, no hagan el bien

solo por temor al castigo de Dios, simplemente cumplimos los consejos evangélicos del Señor por amor a él.

San Gregorio, (lib. 3 Dial. cap. 16) cuenta de un santo monje, llamado Marcio, que recogióse a la soledad del desierto, en el monte Mársico, se ató al pie una cadena de hierro, la cual estaba unida de una gran piedra, para no andar más de lo que la cadena le diese lugar. Esto llegó a oídos del bienaventurado san Benito, y le envió a decir con un discípulo suyo: “Si eres siervo de Dios, no te ates a la cadena de hierro, sino la cadena de Cristo.” El luego obedeció y se quitó la cadena; pero no anduvo más de lo que la cadena le daba lugar cuando estaba atado a ella; así nosotros, nos ha obsequiado Cristo con sus enseñanzas, porque él nunca exigió a nadie a seguirle ni a cumplir cuando nos ha mandado por obligación, por eso dice: “el que quiera salvar su vida” (Mc 8,35), “el que quiera llegar a ser grande entre vosotros” (Mc 10,43) “el que quiera ser el primero entre vosotros”, (Mc 10,44)

6. LAS EXCUSAS EN LAS FALTAS DE COSAS MENORES

Ciertamente, si nosotros vemos que una cierta norma, regla o constitución de vida contiene algo que nos obliga a actuar mal, o contrario a las enseñanzas del Señor, no estamos obligado a cumplirla. Pero con esto, hay que tener cuidado de caer en la tentación del mal, algo muy común, para que no cumplamos las enseñanzas del Maestro Jesús, opinando que cierta norma o mandamientos son cosas poco importante o livianas y que no está en eso la santidad y menos la perfección. Con esta disculpa, complementado con nuestra flojedad y tibieza, nos hace muchas veces faltar en ellas y no dar importancia si lo hacemos. Entonces, es necesario, cuidarnos de caer en esta tentación.

Es decir, no hay que excusarse que son cosas livianas y ligeras, por tanto si la falta no es tanta, esto no aliviana la culpa, al contrario la agrava. San Agustín, nos pone un buen ejemplo cuando trata la desobediencia de Adán: “Así como la obediencia de Abraham en sacrificar a su hijo Isaac se considera como algo muy grande, Dios le pidió algo muy doloroso para él, así la desobediencia de Adán en el paraíso fue demasiado mayor, siendo más fácil y liviano el mandamiento que Dios le puso, en este sentido, no tiene excusa ninguna. ¿Qué excusa pudieron tener nuestros primeros padres para no obedecer en una cosa tan fácil como era el no comer de un solo árbol teniendo tantos otros, y quizá con mejores frutas, para comer? Entonces hacemos otra pregunta, ¿Qué hubiera hecho Adán si Dios le hubiese pedido algo grande como Abraham? Otro ejemplo, como hubiera reaccionado Adán si Dios le hubiese pedido sacrificara su mujer?, ¿obedecería? Imaginémonos, Adán prefirió satisfacer la voluntad de su mujer y comió del fruto prohibido. Es decir, cuando uno no cumple en lo pequeño, agrava más la falta.” (Agustín, lib. 14 de Civitate Dei, cap. 5)

Así también lo destaca San Buenaventura: “la faltas en cosas pequeñas, tanto más condenan a uno, y le hacen más digno de regaño, cuanto más fácil fue el evitarlas y no caer en ellas. Si lo que se manda fuera muy grave y difícil de hacer, quizá puede darse una

excusa; pero en una cosa tan fácil y ligera ¿qué excusa se puede tener? Como podemos creer que cumplir en las cosas más grandes?

Lo que está claro es que si nos somos capaces de cumplir con las cosas externas, con mayor razón nos será difícil cumplir con las cosas internas y espirituales.

7. “EL QUE ES FIEL EN LO MÍNIMO, LO ES TAMBIÉN EN LO MUCHO” (Lc 16,10)

También, hay personas muy sacrificadas y dicen que desean morir por Cristo, y no andan detrás de cosas livianas, pero también los hay algunos que se espantan por cualquier cosa, hasta por la caída de una hoja y una simple palabrilla les turba y desasosiega, entonces nos preguntamos, ¿qué harán cuando se los persigan o molestes por sus ideas de fe?, ¿Cómo responderán si les levantan falsos testimonios en cosas graves, y se tuvieren por verdades? Entonces se hace necesario acostumbrarse a vencer y sacrificarse en cosas pequeñas; porque el que no se sabe soportar y no quebrantar su voluntad en estas cosas pequeñas, menos lo hará en las grandes.

Por ser tan común esta tentación con que el maligno procura que nos descuidemos en la observancia de las reglas, diciendo que son cosas livianas y de poca importancia y que no está en eso la perfección ni el aprovechamiento.

Pero cuánto daño se sigue de menospreciar estas cosas pequeñas, y no hacer caso de ellas y del bien grande que se sigue de lo contrario. De aquí el gran consejo evangélico del Señor: “el que es fiel en lo mínimo, lo es también en lo mucho”, que es lo mismo que decir que el que menos precia las cosas pequeñas poco a poco lo hará con las grandes. Estas cosas deberían ser suficientes para hacernos muy diligentes y cuidadosos en la observancia de las reglas y para que no nos atreviésemos a faltar en ellas, por parecemos cosas pequeñas y de poca importancia, pues sabemos que es palabra de Dios, que el que menospreciare las cosas pequeñas poco a poco caerá, y no pasará hasta venir a las grandes.

Pero para que se entienda esto mejor, porque es un punto de mucha importancia, dejemos metáforas y figuras, y hablemos abiertamente cómo es esto, que el que menosprecia las cosas pequeñas poco a poco vendrá a caer en las grandes. Es a la manera que dicen los teólogos y los Santos del pecado venial, y lo decimos a los niños en la cartilla. El pecado venial, dicen, es una disposición del pecado mortal: los pecados veniales, por mucho, que sean, no hacen un mortal, ni bastan para matar el alma ni quitar la gracia y amistad de Dios; pero van disponiendo el alma, enterneciéndola, enflaqueciéndola y entibiándola, para que así fácilmente pueda ser vencida con alguna tentación u ocasión que se ofrezca, y venga a caer en algún pecado mortal.

8. “Y EL QUE ES INJUSTO EN LO MÍNIMO, TAMBIÉN LO ES EN LO MUCHO.” (Jn 12,6)

Pero es bueno entender como el pecado venial se va disponiendo para el pecado mortal, aquí algunos aspectos para tener en cuenta, porque va uno poco a poco perdiendo el miedo al pecado, comienza a hacer lo que es fuera de amor de Dios; pronto hará algo que sea contra él.

A quien no se le da nada de mentir, ni jurar sin necesidad, pronto tropezará, y atropellará lo uno con lo otro, jurando alguna mentira, o alguna cosa dudosa, y mirémosle ahí caído en pecado mortal.

A quien no se le da nada murmurar en cosas livianas, pronto se le ofrecerá alguna cosa que no sea tan liviana, y se verá en peligro de pecado mortal.

El que se descuida en mirar livianamente, y es negligente en desechar los pensamientos malos y deshonestos que le vienen, cerca está de caer alguna vez; cuando él esté más descuidado, se le irá el corazón tras los ojos, o tras el pensamiento, y se hallará caído en un momento; que eso es lo que pretende el demonio con esos descuidos y pecados veniales, disponer para los mortales.

Pues a este modo es el quebrantar las reglas, y el hacer poco caso de ellas, van disponiendo y llevando poco a poco a mayor mal, hasta hacernos caer en cosas graves. Al principio tiene uno remordimiento de conciencia de quebrantar la regla; después no tanto; después ya lo hace sin remordimiento: de esa misma manera y ese paso se va también uno entibiando y descuidando en la oración, y en los exámenes, y en todos los ejercicios espirituales; porque eso tampoco es más que regla: una vez lo deja, otra lo hace mal hecho y por cumplimiento, y sin sacar fruto ninguno de ello.

De estos principios, que parecen pequeños, suelen venir las grandes caídas del religioso; así lo notan los Santos sobre aquellas palabras del Evangelio, cuando Judas murmuró de la Magdalena, por haber empleado aquel unguento en ungir los pies del Salvador, diciendo que fuera mejor venderlo, y dar el importe á pobres. Aquí nos recuerda Jesús; “el que es injusto en lo mínimo, también lo es en lo mucho” (Jn 12,6):

Fijémonos, que Judas no dijo esto porque le preocupaban los pobres, sino porque era ladrón, y como él era el que había de vender el unguento, por tener oficio de ecónomo, le pesó perder aquella ocasión de vender este perfume y en recompensa de eso determinó de vender a su Maestro, Nuestro Señor Jesucristo en aquellos treinta monedas de plata, quizá para recuperar lo perdido

Dice san Agustín predicando este evangelio de Juan: “Advertid que no se perdió Judas cuando vendió a Cristo; no comenzó entonces su mal, que de atrás lo traía: ya era ladrón, y estaba perdido, y seguía a Cristo solamente con el cuerpo, y no con el corazón.” Pues así también, cuando observemos alguna gran caída de algún religioso, no pensemos que entonces comenzó su mal, que antes de eso estaba ya perdido. Mucho había que solamente con el cuerpo estaba en la religión, y no tenía espíritu, ni oración y no se le daba nada de quebrantar las reglas. Lo mismo explica San Jerónimo: “Mirad a qué extremo de males llevó a Judas la codicia, y el comenzar a substraer poco a poco, y el ser amigo de tener algo; para que temamos nosotros de comenzar, aunque sea en cosas muy pequeñas.”

Cuando nos llega la pobreza de espíritu, es decir, cuando se empobrece y enflaquece el corazón con las imperfecciones y culpas leves, todo esto por falta de la oración y de los

ejercicios espirituales, es más fácil caer en faltas graves y pecados mortales. He oído de un dicho: “El que anduviera con mucho descuido, tragando imperfecciones, pronto tragará pecados claros y manifiestos.” Por eso guardémonos de dar esa entrada al demonio, de ir perdiendo el miedo a las reglas y hacer poco caso de ellas.

Entonces, hagamos cuanto parezca necesario para amoldarse a la disciplina religiosa y la observancia que nos enseñan las reglas, pautas de vida cristiana y todo cuanto nos ha enseñado el Señor como consejos evangélicos. Y si estamos débiles, pidamos a Dios nos regale fuerza para cumplirla, que no se aparte El de nosotros, no nos desampare, porque solos, estamos muchas veces expuestos a una gran caída.

9. "¡BIEN, SIERVO BUENO Y FIEL!; EN LO POCO HAS SIDO FIEL, AL FRENTE DE LO MUCHO TE PONDRÉ; ENTRA EN EL GOZO DE TU SEÑOR. ("Mt 25,21)

En estas palabras del Señor se nos declaran bien los bienes grandes que se siguen de ser uno muy diligente en guardar las reglas, y en hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas e insignificantes. Por eso dice; "¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." (Mt 25,21) Es decir, será tan grande y tan aventajado el gozo y galardón que le dará por haber sido fiel y diligente en lo poco. Y en otra parte dice: “se os dará; una medida buena, apretada, remecida, rebosante” (Lc 6,38)

Pero veamos cuál será la causa por que el Señor premia y levanta tanto a los que son fieles en lo poco. La causa es, porque en esas cosas pequeñas se echa de ver la fidelidad de uno, y lo que hará cuando se le ofrezcan cosas mayores: así lo dice el mismo Señor: “El que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho.” (Lc 16,10) Es de notar que no dijo: El que es fiel en lo mucho, también lo será en lo poco, sino al revés; porque más parece que se echa de ver la fidelidad de uno en lo poco que en lo mucho.

Cuando la dueña del hogar más que reclamar porque el dinero no le alcanza, se preocupa con lo poco que tiene de hacer grandes cosas y deliciosas o el buen servidor no se queda tanto de ver en las cosas grandes como en las pequeñas y menudas, y que no había obligación de hacerlas; y el amor y obediencia del buen hijo para con su padre no se queda tanto de ver en que le obedezca en las cosas graves y de mucha importancia, cuanto en que aun en las cosas muy pequeñas no se quiere salir una coma de la voluntad de su padre, ni hacer cosa alguna en que le dé el menor disgusto del mundo; de la misma manera el buen religioso no se queda tanto de ver en que se guarda de caer en faltas graves y en pecados mortales, cuanto en que es muy cuidadoso y diligente en el cumplimiento de todas las reglas y obediencias, por pequeñas que sean. Pues por esto el Señor premia y levanta tanto a estos tales, y les hace estos obsequios, y es tan generoso con ellos; porque ellos son amorosos con Dios, que es lo que dice el apóstol Santiago: “Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros.” (Sant 4,8) haciéndonos mayores obsequios y favores. El que anda con mucho cuidado y diligencia para agradar a Dios, no solo en las cosas de obligación, sino en las de consejos evangélicos, no solo en las mayores, sino también en las menores, y en todo

procurar hacer lo mejor y más perfecto, y lo que entiende que es más conforme a la voluntad de Dios, ese es amoroso con Dios, y con ese es Dios también muy generoso.

El que desea darse de verdad a Dios, y agradarle mucho, debe caminar con cuidado y solicitud en las cosas menores, como en las mayores; porque sabe que aun hasta de una palabra ociosa y de un pensamiento ocioso ha de dar cuenta a Dios; y entiende muy bien, que de las cosas menores viene uno poco a poco a caer en las mayores, y está cierto que si él es fiel en lo poco, le premiará y galardonará Dios con lo mucho; y así ninguna cosa tiene por pequeña, sino de todo hace mucho caso.

Es así, como me parece importante poner los ojos en las cosas mayores, y no descuidar las menores. En efecto, ninguna falta, por pequeña que sea la tengamos en poco, porque no hay enemigo que despreciado no sea perjudicial, y nos pueda hacer mucho daño.

10. ALGUNOS EJEMPLOS ANEDOTICOS Y PRODIGIOSOS

En el libro cuarto de los Reyes cuenta sobre Naamán, que era un hombre muy rico y poderoso, y muy privado del rey de Siria, general de todo su ejército; pero estaba lleno de lepra. Oyó decir que en Samaría estaba un profeta Eliseo, que curaba y sanaba de todas enfermedades, y resucitaba muertos. “Llegó Naamán con sus caballos y su carro y se detuvo a la entrada de la casa de Eliseo. Eliseo envió un mensajero a decirle: Vete y lávate siete veces en el Jordán y tu carne se te volverá limpia. Se irritó Naamán y se marchaba diciendo: Yo que había dicho: ¡Seguramente saldrá, se detendrá, invocará el nombre de su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la lepra! ¿Acaso el Abaná y el Farfar, ríos de Damasco, no son mejores que todas las aguas de Israel? ¿No podría bañarme en ellos para quedar limpio? Y, dando la vuelta, partió encolerizado. Se acercaron sus servidores, le hablaron y le dijeron: Padre mío; si el profeta te hubiera mandado una cosa difícil ¿es que no la hubieras hecho? ¡Cuánto más habiéndote dicho; Lávate y quedarás limpio! Bajó, pues, y se sumergió siete veces en el Jordán, según la palabra del hombre de Dios, y su carne se tornó como la carne de un niño pequeño, y quedó limpio.” (2 Rey 5, 9-14)

Es de notar como en aquello que a él le parecía cosa pequeña y de poca importancia estuvo su salud ¿Lo mismo sucede en las cosas espirituales; en esas cosas pequeñas y menudas que nos dicen las reglas está nuestra salud y nuestro aprovechamiento y perfección, como vemos también que la perfección de una imagen está en unos puntitos y rayitas muy pequeñas. Pues si para alcanzar esta salud espiritual y este aprovechamiento y perfección dijéramos que era necesario hacer unas cosas muy arduas y dificultosas; por cierto que era mucha razón hacerlas, y que lo habíais de dar por muy bien empleado; cuanto más diciéndonos que la alcanzaremos haciendo unas cosas tan fáciles; y así el ser las reglas de cosas tan ligeras y pequeñas, no solamente no nos ha de ser ocasión de descuido, antes de ahí habernos de tomar ocasión para animarnos más a guardarlas, viendo que en unas cosas tan pequeñas y tan fáciles está librado nuestro aprovechamiento y perfección.

Se narra en el libro de los varones ilustres de la Orden del Cister, que tenían una regla estos monjes, que al fin de la mesa recogiesen las migajas del pan, y las tomasen o las echasen

en algún plato. Aconteció una vez que un monje de aquellos muy temeroso de Dios, y muy observante de las reglas, había recogido las migajas con la mano, y absorto y elevado con la lección de la mesa, las tenía en ella; y estando en esto hizo señal el prior para que se acabase la lección y los monjes se levantasen. Entonces volvió sobre sí el monje, y quedó perplejo, porque ya no había lugar de tomarlas ni de echarlas en el plato; y muy confundido de la negligencia que había tenido en la guarda de aquella regla, le pareció que no tenía ya otro remedio sino ir a decir su culpa al superior, y pedirle penitencia por ella, entonces guarda las migajas en su puño cerrado, y acabando de dar gracias va donde él, y postrándose a sus pies, manifiéstale la falta que había hecho, y le pide penitencia de ella con mucha humildad. El prior le dio una reprensión conforme a la culpa, y le preguntó qué había hecho de las migajas. Respondió: Padre, aquí las tengo en la mano. Mostrad. Extiende el brazo? y abre el puño; y en lugar de las migajas hallan unas perlas preciosísimas. El autor de este suceso dice que quiso Nuestro Señor dar entender con este milagro cuánto le agradan los religiosos fervorosos que hacen mucho caso no solo de las reglas graves, sino también de las pequeñas e insignificantes.

Cuenta el mismo Cesario, (libro 4 Dial. c. 89), que una matrona principal, queriendo dejar el mundo y tomar el hábito de religión en un monasterio, donde era vicario un monje llamado Florino, el día de su despedida hizo un convite a sus deudos y conocidos, y con ellos convidó al dicho vicario. A los seglares se les sirve carne, y al religioso pescado, porque conforme a su regla y a la obediencia que de ello tenía de su abad no podía comer carne: pero viendo él la carne, se les fueron los ojos tras ella, y con aquel apetito tomó con gracia un bocado de carne asada del plato del que estaba junto a él, y le dio un mordisco; pero, por justo juicio de Dios, de tal manera se le atravesó el bocado en la garganta, que ni le podía pasar ni echar fuera: y como se estuviese ahogando, y ya vueltos los ojos para espirar, otro religioso compañero suyo que allí estaba le dio un golpe de puño tan grande en la espalda, que le hizo echar el bocado; y todos entendieron que aquello había sido en pena y castigo de su desobediencia.

En la Historia general de santo Domingo, (1 p. lib. 1, cap. 60), cuenta el P. Fr. Hernando del Castillo, que viviendo santo Domingo en Bolonia, súbitamente una noche comenzó el demonio á atormentar a un fraile lego con tanta crueldad, que despertaron a los golpes y ruido los otros religiosos, los cuales por mandado de santo Domingo le llevaron a la iglesia, y apenas podían con él diez frailes. Entrando por las puertas, al abrirse de un soplo apago las lámparas, de suerte que quedaron todos a oscuras, y el demonio por mil maneras descoyuntaba al pobrecillo. El Santo le mandó en virtud de Jesucristo le dijese por qué le atormentaba, y por qué había entrado en él. A lo cual el demonio respondió, que porque la tarde antes había bebido sin licencia y sin echar la bendición, yendo contra los establecimientos de la Orden. Estando en estas pláticas tañeron á Maitines, y el demonio dijo: No puedo estar más aquí, que ya los encapillados se levantan a alabar a Dios; y dejó al fraile medio muerto, y tan molido y quebrantado, que hasta otro día no pudo tenerse en pie ni menearse.

11. EN EL CASO QUE TENGAMOS QUE PEDIR PERMISO A ALGÚN SUPERIOR.

Algunas veces el faltar o no poder cumplir las obligaciones o los consejos suele provenir de una timidez y encogimiento, o por mejor dicho, por escaparse de los sacrificios.

También sucede, en el caso que tengamos que pedir permiso a algún superior, que uno siente fastidio tener que andar pidiendo permiso, para algo que puede hacer fácilmente sin tener que dar alguna explicación. ¿Pero porque querer hacer cosas por nuestra cuenta lo que podemos hacer con la bendición de Dios y del superior? ¿Por qué inventarse esa disculpa que si pido autorización, decirse es que él está ocupado, y puede molestarse? A mí me parece que es mejor no autoengañarse. En mí experiencia, más se molestan los superiores si hacemos cosas sin consultarles, porque esa es su tarea, dar permiso para que otros hagan sus cosas. En efecto, también es más posible que un superior o cualquiera que tenga las atribuciones de autorizar un permiso se puede molestar si no acudimos a ellos y hacemos algo por nuestra cuenta o si nos saltamos alguna norma o regla.

Pero; ¿cómo no se ha de molestar el superior por no acudir a él para pedir permiso o avisara que deseamos hacer algo de aquello que no podemos hacer por nuestra cuenta?

Toda petición que hagamos con impertinencias, o algo indebido, puede involucrar temor de molestia, pero en lo que hay regla expresa, antes de molestarse un superior, creo que le produce más satisfacción al ver sus subordinados o dependientes de él, son buenos observantes en las reglas y tan puntuales en la obediencia, y que hacen caso de cosas muy pequeñas e insignificantes ; y por el contrario, el no acudir a ellos con esas cosas es lo que sienten los superiores, y lo que les da mucha pena, por ver que va uno cobrando libertad y exención, y se atreve ya a hacer esas cosas sin beneplácito, como si no hubiera a nadie a quien acudir, y como si no hubiera regla que trate de eso.

Eso es razón quien sienta el superior, como buen padre que desea nuestro bien, y se duele de nuestro mal; y así esto es en lo que habíamos de tener la dificultad, por no dar este disgusto a los superiores. De aquí se infiere también que así como decimos que no tiene uno de qué tener empacho de ir al superior a pedirle beneplácito para aquello que él sabe que es regla, y que no lo puede hacer sin permiso; así mucho menos tener empacho en decir a nuestro hermano que no tenemos licencia para lo que él sabe que es regla, y que no lo podemos hacer sin autorización. Este es un aviso de mucha importancia; porque algunos suelen quebrantar algunas reglas por no mortificarse en decir: No tengo tu venia para hablar, o para recibir eso que me das. Algunas veces se quieren estos excusar, diciendo que por no molestar al otro pasaron por eso, y no se atrevieron a decir que no lo podían hacer; eso es juzgar al otro de poco religioso y de poco observante de las reglas: entended que no quedará el otro mortificado, sino edificado, de vernos tan observante; y por ventura nos quiso probar con aquella ocasión para ver cómo practicábamos las reglas.

Entonces, valoricemos de ser religioso, pues lo somos, y de muy observante de nuestras reglas, que eso no puede parecer a nadie mal, sino muy bien. Otros se suelen excusar en esto, diciendo: lo hice por no parecer escrupuloso. Esta es también muy mala excusa;

porque ser uno observante de sus reglas no es parecer escrupuloso, sino religioso, Y avergonzarse uno de parecer religioso y siervo de Dios, y muy observante de sus reglas, sería muy mal caso; porque ese es uno de los abusos que hay en el mundo, que en tratando uno de virtud, la frecuencia de Sacramentos, y de tener un poco de recogimiento, luego murmuran y hacen burla de él, por lo cual muchos no se atreven a darse a la virtud descubiertamente.

12. “QUIEN SE AVERGÜENCE DE MÍ Y DE MIS PALABRAS”. (Lc 9,26).

Nos relata el Evangelio de Juan: “Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste donde Jesús de noche” (Jn 3,2), parece que no se atrevió a ir de día: pero en la religión es al contrario, y así tenemos que procurar que sea siempre. Entre otros bienes grandes de que gozamos los seglares y religiosos es que estamos en compañía de gente buena, donde todos procuran ser más virtuosos y más religiosos; y el que en eso se aventaja más, es más estimado. En efecto, el buen religioso ha de estar tan fundado y firme en el amor de Dios y de la virtud, que aunque tuviese en eso alguna contradicción, no por eso ha de desistir de lo bueno y de lo mejor, ni avergonzarse de parecer religioso y siervo de Dios; y quien se avergonzase de esto ha de temer no se avergüence también el Hijo de Dios de tenerle y confesarle por siervo suyo delante de su Padre, como lo dice en el Evangelio: “Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles.” (Lc 9,26). Si un caballero con un alto puesto de trabajo tiene un asistente como ayudante y el asistente fuese tan soberbio y acomplejado, que cuando va con su jefe se queda muy atrás o se aparta, por no parecer empleado del caballero, claro está que merecería ser despedido de su empleo. Pues esa misma sanción debe tener el que se avergüenza de parecer siervo de Dios y observante de sus reglas.

Para que no quedemos más desengañados en esto, es bien que nos persuadamos de que no solamente los de casa, sino los de fuera, se edifican mucho cuando nos ven muy puntuales y muy observantes en nuestras reglas, como cuando estando con ellos tocan a alguna obediencia, y les decimos: Señor, ahora nos llaman a esto; y dejando la conversación con buen término, nos vamos a cumplir la obediencia. Bien sabemos que algunos seglares se han edificado y aprovechado más de esto que de lo que se les pudiera decir quedándose con ellos; y mientras la persona que esto hace es más anciana y de más experiencia, más se edifican; de manera que el ser uno muy puntual y muy exacto en guardar sus reglas, y el decir que necesita autorización para lo que el otro sabe que no lo puede hacer sin ella, no es timidez ni mala crianza, aunque el otro sea una persona muy anciana, ni ser escrupuloso, sino ser buen religioso, y cuidadoso de su aprovechamiento; y así no puede ofender, sino edificar mucho a todos.

Si fuera hacer alguna cosa singular y extraordinaria, parece que pudiera tener algún color decir: No quiero parecer singular, no piensen que es hipocresía; pero esto no es sino guardar vuestra regla, y más, con esto de una vez dejar cerrada la puerta para cosas semejantes, que es gran descanso; y si la abrimos, dar ocasión para que les acometan con

lo mismo otras veces; y fuera del bien y provecho que en esto consigue uno para sí, hace mucho bien a su hermano; porque por felicidad el otro no reparaba en aquella regla, y con aquel ejemplo repara y la estima, y no se le pudo dar mejor recuerdo.

13. LAS REGLAS EN LAS VIDAS DE SILENCIO

En la Crónica de la Orden de san Jerónimo, (cap. 28) se cuenta de un religioso que hacía su vida en el silencio, por lo cual era tenido de todos en gran reverencia. Un caballero importante oyendo su fama, fue al monasterio con deseo de hablar con él, y al verle que iba caminando solo a su huerta, comenzó a ir tras de él, llamándole para hablarle; más el siervo de Dios ni se paró a esperar al que le llamaba, ni le respondió palabra; y yendo así en pos de él, entraron los dos en el huerto; entrando el santo varón cayó en tierra, y cerrando los ojos con la mano, dijo al que le hablaba: ¿Por ventura, señor, ignoráis que yo no os puedo hablar sin licencia de mi prior? Y dichas estas palabras se levantó y no le habló otra cosa alguna; y como vio esto el caballero, no le quiso ser más importuno, sino, dice la historia, que se regresó a su casa más edificado de la guarda del silencio que si le hubiera hablado mil palabras.

De otro santo varón de la misma Orden se cuenta en la misma crónica, (cap. 81), que entre muchas virtudes tenía esta, que hablaba poco, mayormente en los tiempos de silencio y lugares entredichos, como en el claustro y la iglesia; y no solo se guardaba de hablar en los lugares mencionados, más ni quería responder a otro que le hablase en ellos; y sucedió una vez que el rey D. Enrique vino al monasterio, y paseándose acaso por el claustro, vio a este religioso que pasaba por allí, y le llamó para hablarle, porque le amaba mucho por la santidad de su vida; más él no se detuvo para responder y como el Rey vio que no le respondía, comenzó a alzar más la voz, e irse en pos de él llamándole; más el siervo de Dios nunca se detuvo ni respondió palabra hasta que salió fuera del claustro; y como ya ambos estuviesen fuera, le dijo el Rey por qué no le había respondido antes. El entonces, dando la causa, dijo: En el claustro, donde Vuestra Alteza me llamaba, no conviene hablar a los religiosos; y esta es la causa por que no respondí hasta que salí de él. Y dice la historia que quedó el Rey muy edificado de aquella respuesta.

14. VIVIR EN OBSEQUIO DE JESUCRISTO, NOS OBLIGA A TODOS DAR UN BUEN EJEMPLO Y RESPLANDOR CON NUESTRA VIDA.

Otros medios que nos ayudarán para guardar las reglas obsequiadas por nuestra religión, a parte de lo ya expuesto y, seguro que nos hará mucho bien para ser diligentes y cuidadosos en la observancia es el buen ejemplo y edificación que estamos obligados a dar, tal como nos ha enseñado el apóstol Pablo: “Vuestra caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndoos al bien; amándoos cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se

alegran; llorad con los que lloran. Tened un mismo sentir los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no os complazcáis en vuestra propia sabiduría. Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres: en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, dejad lugar a la Cólera, pues dice la Escritura: Mía es la venganza: yo daré el pago merecido, dice el Señor.” (Rom 12, 9-19)

Es decir, tratando en todo lo posible, no obrar bien solamente delante de Dios, sino también delante de todos los hombres. Ciertamente, no basta que seamos buenos, para nosotros mismos, además, es necesario dar luz al mundo con nuestra vida y ejemplo. Dice el Señor: “Vosotros sois la sal de la tierra...Vosotros sois la luz del mundo.” (Mt 5,13-14) De tal manera, que no tengamos miedo de resplandecer delante de los hombres, que si para ellos sirve nuestra vida, y ejemplo de llevarla de forma parecida, demos todo gracias a Dios por esto. Del mismo modo, como miramos con gratitud a Dios, ver un árbol cargado de flores o de buenos frutos, o nos admiramos de ver y aspirar en el aire su buen aroma.

Vivir en obsequio de Jesucristo, nos obliga a todos dar un buen ejemplo y resplandor con nuestra vida; pero especialmente a nuestros hermanos, con quienes más tratamos y conversamos. Pues este buen ejemplo y edificación no está en que no hagamos faltas graves, sino en evitar las pequeñas, y que vean todos que somos muy puntual en la obediencia y en la observancia de las reglas, y que estimamos las cosas muy pequeñas y menudas de la fe y los que hemos aprendido como cristianos y que de verdad, hacemos mucho caso de ellas. El que en esto se esmera y señala más, ese da más ejemplo y edificación, y mientras más años de vida tenga, porque más letrado somos no solo por estudios, sino porque la vida regalado por Dios, nos va edificando, las dificultades nos van fortaleciendo, los años nos hacen más humildes, más mortificados y por cierto más diligentes, pero sobre todo, más dispuestos a observar nuestras reglas de vida, por pequeñas que sean las obligaciones. Todo esto sin olvidar una regla muy importante, la que nos enseñó nuestro Señor: “el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve.” (Lc 22,26) Estos son, los que con su buen ejemplo sustentan la fe, hacen que vaya adelante la virtud y disciplina religiosa: estos son las columnas que la tienen en pie, como dice apocalipsis; “Al vencedor le pondré de columna en el Santuario de mi Dios” (Ap 3,12) o como escribe Jeremías: “pues, por mi parte, mira que hoy te he convertido en plaza fuerte, en pilar de hierro, en muralla de bronce frente a toda esta tierra”, (Jer 1,18). Entonces vemos que por el contrario, no puede uno hacer mayor daño en la religión y la fe, que dando mal ejemplo en ella, y mientras más anciano fuere, mayor daño hará. En otras palabras, el buen ejemplo es algo muy eficaz para mover a otros y caminar por caminos de santidad. En efecto, si otros, observan que practicamos las reglas de vida que nos ha obsequiado el Señor, se animaran hacer lo mismo.

15. REFLEXION FINAL

Finalizando esta reflexión, sobre nuestra necesidad de cumplir como un obsequio que nos ha hecho el Señor, el que haya establecido a los hombres de fe, normas, reglas, pautas y

muchos buenos consejos para vivir una vida religiosa, en el estado que el Señor ha dispuesto para nosotros, seglares o religiosos, sugiero reflexionar sobre cuanto debemos considerar y estimar cumplirlas y aceptarlas como un gran bien.

Quizá existan muy buenos consejos sobre cómo acostumbrarse a respetar nuestras reglas que nos pide cumplir nuestra vida de fe y religiosa. Algunos solo se contentan con oír leer las reglas cuando alguien se las explica o enseña, otros las leen cuando están escrito cuando están en alguna constitución religiosa, sin embargo, lo que importa es que estas sean tomadas como lecciones espirituales.

También me parece interesante, hacer un listado, por escrito o mental, de las innumerables normas que es necesario conocer para vivirlas, y de ellas y repasar y reflexionar periódicamente el propósito de cada una de ellas y lo bien que nos hace no solo conocerlas, sino que además hacerla vida habitual. Ayudará también mucho para esto traer el examen particular sobre la observancia de las reglas, no sobre todas juntas, sino sobre aquella de que cada uno sintiere más necesidad, y después sobre otra, y otras veces sobre las que más nos cuesta llevarlas adelantes, todo esto, será un examen de mucho provecho.

Canta el salmista:

“Mas el amor de Dios desde siempre hasta siempre para los que le temen, y su justicia para los hijos de sus hijos, para aquellos que guardan su alianza, y se acuerdan de cumplir sus mandatos.” (Salmo 103, 18)

Señor, en ti me refugio; enséñame a cumplir tu voluntad, porque tú eres mi Dios; tu espíritu que es bueno me guíe por una tierra llana. (Salmo 143,1)

Y Dios quiera que todo esto: “sea doctrina para subir a él, que es lo alto de la unión”. (San Juan de la Cruz, 1Subida MC, 13,10)

Dios nos bendiga

Pedro Sergio Donoso Brant

Fuentes y Bibliografías

Los textos bíblicos son de la Sagrada Biblia de Jerusalén.

La fuente de inspiración de este tema en EJERCICIOS DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS, Por el Padre Alonso Rodríguez SJ. Parte III tratado 6

Publicado en “Comentarios diversos desde mi fe para perfeccionar nuestra vida cristiana y el amor al prójimo. [CRONICAS Y COMENTARIOS](#) de mi página web: www.caminando-con-jesus.org

Para ser publicado, por favor avisar a: caminandoconjesus@vtr.net